

6º. Domingo de Pascua. Año C

Lectio divina sobre Jn 14,23-29

Las palabras de Jesús, que el evangelio de hoy nos ha recordado, fueron pronunciadas la última noche que Jesús pasó con sus discípulos. Estos no las pudieron olvidar tan fácilmente: fueron parte de una especie de testamento de su maestro. Jesús se despidió de ellos con una serie de recomendaciones, con las que quiso prepararles para el tiempo de su ausencia. A nosotros hoy, que percibimos con tanta claridad la falta de Dios en nuestro mundo, estas palabras tendrían que servirnos de ayuda para permanecer discípulos fieles al maestro todavía ausente, creyentes en un Dios que parece escondérsenos más cada día.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

²³«El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. ²⁴El que no me ama no guardará mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. ²⁵Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, ²⁶pero el Defensor, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho.

²⁷La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde. ²⁸Me habéis oído decir: "Me voy y vuelvo a vuestro lado." Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. ²⁹Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, sigáis creyendo.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Las palabras de Jesús son respuesta directa a la pregunta de Judas de por qué se iba a revelar sólo a los suyos y no al mundo entero (Jn 14,22); una manifestación pública del Mesías esperado sembraría el miedo entre los enemigos del pueblo y alegría entre sus fieles (Hch 1,6). Jesús insiste, respondiendo sólo indirectamente, en el amor obediente: el que ama guarda sus palabras (Jn 14,23), quien no ama, no las conserva (Jn 14,24). Es decir, su revelación por venir no va a depender de que sea masivamente reconocida, sino a que sea su palabra totalmente obedecida. Si la revelación es posible cuando encuentra obediencia, quien no la reciba es descubierto como desobediente. Aquí se añade a la fe la su operatividad, que la distingue de un simple sentimiento puramente subjetivo. Sólo el obediente gozará de la presencia del Padre y del Hijo (Jn 14,23). No serán los prodigios esperados, sino la fidelidad a la voluntad de Jesús lo que asegura el reconocimiento de la presencia divina entre los suyos

Jesús pasa a prometer, antes de acabar, el Paráclito. Enviado del Padre, llamado ahora Espíritu Santo tendrá como misión mantener la enseñanza y el recuerdo de Jesús dentro de la comunidad (Jn 14,26). La presencia del Espíritu en la comunidad hará de ella escuela de Dios (Is 54,13; Jr 31,3-34) y lugar de la memoria de Jesús. La nueva alianza sigue siendo ley interiorizada, pero la ley es la revelada por Jesús. El Paráclito tiene el mismo origen, el Padre, y la misma tarea, las palabras del Hijo, que son del Padre (Jn 14,10.24): idéntica revelación será recordada por un nuevo Maestro. El Espíritu, que como Jesús procede del Padre, será enviado *en su nombre*, será su *re-presentante*; pero el contenido será siempre la revelación de Jesús, su evangelio; y de esta forma, la labor conmemorativa del Espíritu no es mera reconstrucción de lo dicho ni repetición de lo enseñado por Jesús, sino presencialización por el recuerdo y eficacia por la enseñanza. La comunidad donde el Espíritu sea don, tendrá como tareas vivir enseñando y recordando al gran Ausente, Jesús de Nazaret, y de esta forma sentir su presencia efectiva y eficaz en ella.

El autor cierra este primer bloque de discursos de Jesús con unas palabras de despedida, que eran habitualmente un deseo de paz. Pero esta paz, que en un primer momento era expresión de comunión de vida con el Dios Aliado, dicha plena, y que pasó después a ser la manifestación de la salvación escatológica, dicha asegurada (Is 9,6; Zac 9,10; Ez 34,25), no es en boca de Jesús mero buen deseo e invocación (Nm 6,24-26), sino que es don real, donación definitiva que separa del mundo a quien la recibe (14,27; 20,19.21).

La paz de Jesús es don que se hereda (Jn 14,27); no sigue, pues, la lógica de la paz del mundo, donde es fruto de conquista o convención. Precisamente por ello no deben temer los discípulos (14,27). Que no pueda asegurársela el mundo significa que tampoco puede ponérsela en peligro; podrán vivir sin el Resucitado, pero no sin su paz. Quien despide a los suyos que deja en situación aún hostil, pero los deja llenos de paz y sin miedos. Porque quien ama a Jesús, conoce que vuelve al Padre, a su origen y a su gloria, al cumplimiento de su obediencia y a llevar a plenitud su misión: el amante goza de que el amado regrese a su lugar de origen, al Padre, más grande aún que su amado (Jn 14,28).

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Los discípulos que oyen estas palabras saben que Jesús está para dejarlos, pero que no los abandona en el mundo. Les promete retornar él y el Padre para habitar en quien, mientras tanto, haya sido fiel a su palabra y se haya sentido amado por ambos. Les promete, asimismo, para el tiempo de su ausencia la asistencia de su propio Espíritu: no es huérfano, quien tiene el aliento y la fuerza de su benefactor como herencia. Aunque sin el consuelo de la presencia física de Jesús, el discípulo no se siente solo: había predicho su ausencia y la ha preparado con una doble promesa; volverá a cuantos ha dejado provistos de su Espíritu.

Si vivimos hoy el tiempo de la espera del Señor, no hay tiempo para quejarnos de su ausencia. Contamos con su Espíritu y con la promesa de que quien nos ama volverá a nosotros y con nosotros se demorará por siempre. Pero la promesa de Jesús no es sólo consolación; comporta un reto, el de tener que soportar su ausencia sin desesperar de su venida, y un responsabilidad, el dejar que el Espíritu de Cristo sea el señor de nuestras vidas.

La primera consigna que deja Jesús a los suyos es que hagan cuanto les dejó dicho: quienes le amen, dice, cumplirán sus exigencias. En lugar de quejarse por la ausencia de su señor, el discípulo tiene que hacer presente su querer y hacerlo realidad; cuando no pueda ya verle, podrá recordar sus palabras; no le será posible convivir con él, pero podrá seguir haciendo su voluntad. Jesús quiere de los suyos que lo quieran, aunque no lo vean; manda que le tengan presente, aun cuando él esté ausente. El amor que pide Jesús de los discípulos, el que espera de nosotros, es la práctica de su querer: *obras son amores*. A decir verdad, no es demasiado extraordinario lo que espera Jesús de los discípulos que ha dejado en este mundo; también nosotros, en nuestras relaciones interpersonales, no nos contentamos con meras palabras y esperamos de quien nos ama que nos lo muestre; y demuestra su amor quien cumple no ya con nuestras órdenes sino, sobre todo, con nuestros deseos. No es menos exigente Jesús; como cualquiera de nosotros, desea un verdadero amor, un amor auténticamente humano, que supere la prueba de las obras: quien me ama, cumplirá mis mandamientos.

Nos ilusionamos, a menudo, con mantener una buena relación con Dios, sólo porque rezamos bien o porque tenemos buenos sentimientos, porque alimentamos deseos buenos o porque solemos estar prometiéndole un cambio de conducta que nunca llega. Todo ello, a pesar de nuestra innegable buena voluntad, no nos consigue sabernos amados por Dios. Y es que si no hacemos lo que Él espera de nosotros, no nos sentiremos amados por Él ni percibiremos su ternura; Dios Padre se hace presente entre quienes cumplen su voluntad; Jesús no se demora con nosotros, porque no encuentra quien le ame tanto como para guardar su palabra. No quien dice 'Señor, Señor', sino quien hace su querer, se sentirá querido por Dios. Y porque no es muy corriente que entre los cristianos de hoy haya quien tenga la voluntad de Dios como motivo de su vida, se está dando ese gran vacío de Dios en nuestro mundo, del que tanto nos quejamos: nos estamos quedando más solos, Dios no tiene su morada ya entre nosotros, porque no encuentra discípulos que le quieran haciendo su querer. No hay que enfadarse con Él, cuando no lo encontramos entre nosotros; habrá que tomar más en serio sus palabras últimas: *El que me ama, guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él*. Sólo quien descuida la voluntad de Dios, se siente por Él descuidado.

Pero Jesús no nos dejó sólo exigencias que cumplir, antes de dejarnos en este mundo solos. Nos prometió su espíritu: esa fuerza que él tuvo durante su vida, que le mantuvo recorriendo su patria y proclamando el amor de Dios. No pudiéndose quedar con nosotros, pues marchó al Padre para prepararnos una morada, nos ha prometido dejarnos su mismo espíritu, su aliento y su valor, su entusiasmo y su entendimiento. Si no le tenemos a Él en persona, al menos tenemos lo mejor Él tuvo: si nos dejó, no nos ha abandonado.

No se entiende bien la razón por la que los cristianos vivimos apesadumbrados nuestra fe; ¿o es que no nos creemos realmente la promesa de Jesús?. Si no diéramos fe a sus palabras, mejor sería que dejáramos de vivir como discípulos suyos; si no nos merece la pena su persona, no nos conviene esforzarnos más. Pero si tenemos todavía algo de confianza en él, tendremos que recuperar nuestro entusiasmo: su espíritu nos pertenece. Su aliento, aliento de Dios que creó el mundo, alentará nuestros esfuerzos de fidelidad, nos ayudará a entender lo que no logramos todavía entender de Dios, nos recordará cuanto él nos dijo, nos hará sentirle más cercano a nuestras preocupaciones y dificultades. Quien se propone cumplir con las exigencias de Jesús, cueste lo que cueste, en nuestra mundo, contará con el Espíritu de Jesús, como abogado, tutor, defensor, amigo íntimo y fuerza interior.

Jesús no nos dejó, pues, solos. Además de darnos su espíritu, nos dejó su paz. Estamos asistiendo, sin poderlo remediar, a este espectáculo lamentable que tan bien caracteriza nuestra situación social hoy: la paz está en boca de todos, pero no conseguimos que esté en todos los corazones, ni siquiera - ¿por qué pensar sólo en los otros? - en nuestro propio corazón. El hombre hoy se puede permitir casi todo, menos vivir en paz; podemos comprarnos casi todo, excepto la paz interior. Y nosotros, cristianos, que sabemos poder contar con la paz de Jesús, la única que pacifica al hombre desde su interior, al pacificar sus deseos de posesión, al colmar sus anhelos de supervivencia, al refrenar su afán de supremacía, nos escondemos temerosos de nuestros contemporáneos: cuanto estamos viendo en nuestro mundo - ¿o es que nos hemos acostumbrado ya al pecado de Caín, el homicidio, el odio? -, debería armarnos de ilusión y descubrirnos tareas nuevas, compromisos por hacer. Mientras la paz no sea realidad, no habremos cumplido el mandato que Cristo nos dejó cuando se apartó de nosotros; hasta que no haya paz, algo tenemos que hacer los que creemos que Cristo nos la dejó como patrimonio.

Estamos llamados a ser, mientras Jesús esté ausente, hombres de paz, pacíficos y pacificadores; sólo así superaremos nuestros miedos y la cobardía; la soledad que padecemos, y ese sentimiento de insignificancia con el que vivimos, los venceremos cuando nos pongamos a gozar de la paz que Cristo nos posibilitó. Sólo así sabremos que tenemos su Espíritu y que estamos cumpliendo su querer: abandonar la misión de pacificar nuestro corazón y el mundo aumentaría el sentimiento de abandono de Dios, porque no viviríamos como Cristo nos dejó. *No tiemble vuestro corazón ni se acobarde*, dijo Jesús a los suyos; nos dejó su paz, cuando nos dejó en el mundo; conservarla significa, pues, mantener intacto su recuerdo y guardar su herencia, obedecerle y vivir de su Espíritu. Podremos ilusionarnos con serle fieles si disfrutamos de la paz que nos dejó y vivimos haciéndola posible a los que conviven con nosotros.

No tenemos derecho a sentirnos abandonados de Dios: nos ha dejado su Espíritu y su paz, nos ha prohibido el miedo y nos ha prometido estar ya preparándonos un lugar junto al Padre. Si tales son las razones de su ausencia, no tenemos razón alguna para la queja: la aparente lejanía de Jesús es momentánea, está ocupándose de prepararnos un lugar junto a Dios. Sólo quien ama a Jesús, soporta su lejanía sin desesperar de él ni desconfiar de su paz; sólo quien ama a Cristo, no se sabe de él abandonado ni abandona el mundo atribulado. Debemos los cristianos a quienes no creen el testimonio de nuestra paz personal y el esfuerzo por hacerla presente en sus corazones; para que vuelvan a confiar en un Dios que no abandona nunca, tenemos que recuperar el coraje de nuestra fe y volver al cumplimiento del querer de Dios. Quien tiene el Espíritu de Jesús y su paz, no vive acobardado. Esa es la diferencia.